

# El Palacio de los Susurros

Trece Durruti



# Capítulo 1

## 1.- Mr.D

Las escalinatas de la torre centelleaban revestidas por una capa de obsidiana con vetas rojas fulgurantes. Ascendí de forma pausada, admirando las entrañas de la construcción: Un entramado grotesco de arquitectura gótica con filigranas barrocas que formaban una red de garras, manos y afiladas fauces coronadas en su cúspide por una luna menguante del color de la ceniza.

El satélite palpitaba tenuemente y desprendía chiribitas que guiaban mi ascenso, me pegué a la pared y subí hasta sobrepasar su nivel alcanzando la cumbre del edificio.

Me adentré en una estancia circular iluminada por una lámpara de araña que simulaba una maraña de estalactitas cayendo como cuchillos afilados. En el centro había una mesa labrada con motivos tétricos en la que reposaban un puñado de hojas manuscritas a pluma — lo cuál pude deducir porque albergaba un tintero— tras ésta había una tarima circular con un diván excesivamente grande al más puro y granado estilo de la burguesía francesa. Para mi sorpresa, estaba de espaldas a mí, encarado a un órgano con unas dimensiones tan ciclópeas que abarcaba del suelo hasta el techo. Era de madera oscura y sus tubos, a conjunto cromático con las paredes, tenían un acabado en el cénit de calaveras con las mandíbulas abiertas. Curiosamente, el macabro instrumento albergaba una hendidura en la que aguardaba una copa vacía.

El individuo sentado en el diván, invisible por su respaldo desde mi perspectiva, empezó a tocar una melodía entre lúgubre y animada que me recordó a la marcha fúnebre de Frederic Chopin. Con los lamentos de los cráneos, cómo si el instrumento fuese una máquina de café, la copa se fue llenando progresivamente con líquidos de diferentes colores.

Al cesar la pieza, la plataforma giró de una manera exquisitamente armónica dejando de cara a mí al músico. Mr.D.

Era un hombre atractivo, con ésa madurez entrada en años que le da sabiduría y belleza al rostro; llevaba un peinado hecho con esmero y una barba corta salpicada de canas le enmarcaba la tez nívea. Lucía un traje negro de tela brillante y como único abalorio un anillo con un dibujo que no alcancé a ver. Me tendió la copa que había expendido su órgano y me invitó sutilmente a sentarme a su lado, me desconcertó la cercanía de su trato e intenté sacar a relucir mi astucia.

—No me imaginaba que fuese posible inventar un prodigio de la tecnología sacado de una novela de Boris Vian. — Dije señalando la copa mientras

tomaba asiento.

Mr.D sonrió sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, se notaba de sobras que disfrutaba de su cargo. Cada uno de sus movimientos era un acto de precisión matemática y articulada confianza.

—Esto ni por asomo es novelesco, y mucho menos científico. Sólo hay un espacio hueco, un respirado que hace a su vez de retrete y un coctelero enano dipsómano con permanente acceso a internet. Es uno de nuestros mejores inventos y a los que pueden costearse los chifla.

Encajé la respuesta a mi pretensión de ingenio como si me acabaran de alcanzar en un duelo de esgrima. Intenté no abrir la boca puesto que mi cerebro aún permanecía en estado vegetativo ante la idea de que pudiera haber un hombre encerrado a mis espaldas haciendo combinados alcohólicos.

—Señor D... ¿Por qué me ha citado usted personalmente? — Balbuceé como un estúpido, sin plantearme si era correcto hacer preguntas a mi entrevistador.

—Porque ha tenido usted la mejor idea que un Mr.D haya escuchado. No se ponga nervioso señor Settem, verá que en esta empresa todo es gratamente satisfactorio.

## Capítulo 2

### 2.- Divinidad Psicodélica

*¿Qué hacía allí? Siempre había creído que el trabajo desvirtuaba al hombre, le hacía deshacerse de toda erudición, desprenderse de toda humanidad haciéndole preso de ocupaciones estultas que mal hacía a desgana hasta morir. ¡Yo aborrecía esa "noble tarea"! Quería dedicarme sólo a pensar, ¡Pensamos constantemente! ¿Por qué no ganarse la vida con ello?*

*Insté a mis padres a que me apuntaran a una prestigiosa facultad de filosofía americana. Y al principio fue bien, volando en una iridiscente burbuja de marihuana, mujeres y paranoias filosóficas. Pero como toda pompa suspendida en el aire, la situación estaba condenada a explotar: Alumnos, progenitores y profesores tenían la palabra empleo a flor de piel. Todo cambió en el proyecto final, exponer una teoría inventada en forma de ensayo. Condensé todos mis pensamientos, todas mis ambiciones, volqué mi mente en un compendio de idiosincrasia natural, de orden auténtico.*

*El tutor de mi trabajo me citó en su despacho.*

*—Ha desarrollado usted algo inmenso, Settem. Pero me temo que debo aprobarlo lo más ajustadamente posible y dejarlo fluir en las corrientes del Heráclito. Las aletargadas conciencias de éste lugar no están preparadas para recibir tal iluminación.*

*Cuando iba a protestar por su falaz discurso el me detuvo alzando la mano y me habló de un lugar secreto, velado a las miradas del mundo; El Palacio de los Susurros. Allí todo el futuro que ansiaba estaba al alcance de mi mano, mi mera inteligencia me había dado a conocer (mediante mi profesor como misterioso intermediario) a las más altas esferas de la ilustración intelectual.*

*Sólo debía aceptar, todo estaría costado, todo sería posible. Ni siquiera me planteé las dimensiones del asunto en el que me estaba inmiscuyendo o la naturaleza moral del mismo.*

*¡Sí!*

No se requiere más que una pequeña chispa para avivar el fuego, para despertar en el Alma del hombre su hambre sin límites de satisfacer sus deseos sin valorar la virtud de los mismos. Hubo un Dios de la mitología romana que aceptó devorar a sus hijos a cambio de reinar, nada

importaba, estaba allí.

Mr.D arqueó las cejas y dirigió una leve mirada a la copa servida por su órgano, acepté la cortés invitación y le di un largo trago, sabía a especias picantes con absenta y ron. Mi cerebro recibió repentinamente el hachazo de un verdugo fantasmal y se partió como Alemania. Me observé rodeado de cuadros, retratos que compartían intrepidez, tenacidad y maldad. Paulatinamente cobraban vida con un halo luminoso, esgrimían sonrisas de oradores expertos, fruncían el ceño cavilando inalcanzables reflexiones que mi mente no podía llegar a materializar enajenada con su dinámica actividad. Estaba perplejo ante el increíble carrusel de pintorescas acciones, mis facciones se habían ablandado y sólo atiné a apretar fuerte los puños como si eso accionara el freno de una bicicleta imaginara destinada a caer en el abismo de la locura.

—No se asuste, señor Settem — Me dijo un Mr.D excesivamente alto sentado a mi lado. Las llamas crepitaban dentro de sus ojos como si fuese un emperador viendo su imperio arder y el porte de su cara se afiló hasta el punto de que su tez tenía una belleza inverosímil, casi angelical.  
—¿Qué clase de brujería es ésta?

El río dulcemente, con risa de niño. Todos los retratos rieron con él e incluso a uno se le cayó el puro que sostenía entre los labios, lo que provocó que su lienzo ardiera y se viera reducido a cenizas al instante. ¡Pobre tipo! Lucía un sombrero de lo más galán.

—Aquí no hay brujería, tan sólo tecnología. Me he limitado a pulsar un botón que ha elevado la tarima de la sala de recepción al despacho. A usted le ha parecido mágico porque su copa contenía una sustancia psicoactiva llamada Dimetiltriptamina. Llamamos a ése cóctel el éter de los filósofos. Una pequeña dosis del universo, del umbral que separa la vida y la muerte, un rayo de luz para los ojos ciegos. ¿Sabía que así se crearon y reafirmaron muchas religiones y creencias místicas? Y por eso estamos aquí.

—¿Por las drogas? — Pregunté inocentemente.

Todos volvieron a reír, ésta vez de una forma tan funesta que me recordó a un antiguo himno. *Dónde sea que vayamos, siempre avanzamos y el diablo sólo ríe ¡Ha, ha, ha, ha!* Volví a contemplar la exposición de cuadros que bailaba a mi alrededor, tan suprema y exquisita que haría palidecer al mismísimo Da Vinci, tan vehemente que podría haber inspirado a esos compositores de las SS.

Escondidos en lo más recóndito de mi cerebro y alimentándose de él como un súcubo entonaron su versión del himno, no porque lo considerasen

suyo sino más bien como una exhibición de su ilimitado poder.

*Mr.D es el titiritero del mundo.*

*Y en silencio tararea,*

*no nos importa el cielo ni el infierno,*

*Y el mundo entero nos podría*

*maldecir o alabar,*

*Si fuese capaz de conocernos*

*Dónde sea que vayamos, siempre avanzamos*

*Y el diablo sólo ríe*

*iHa, ha, ha, ha!*

—Casi, amigo mío. Las drogas forman parte del mundo y todo lo que forma parte del mundo es para nosotros un negocio. Como empresa, lo explotamos todo, hasta la vanidad. ¿Ves a ése tipo de ahí?

Mr.D señaló un retrato y todos los demás quedaron ocultos tras una capa de bruma. El caballero se llamaba también Mr.D según la inscripción lapidaria de su marco, vestía un traje compuesto decimonónico y era extremadamente viejo. Tomé aire agradeciendo la interrupción de mi acompañante del atroz cántico del averno.

—A ése ilustre prohombre se le ocurrió la efeméride de analizar el agua. ¡Embotellarla y venderla! Agua para ricos, para pobres, para la clase media. ¡Para mi puta madre! Un librepensador acabó con la idea de los recursos naturales al alcance de todos. ¡Hizo que beber del río fuese maligno, denigrante!

Hasta los actos más cotidianos hicieron metamorfosis en piezas de un puzzle que los poderosos individuos que me rodeaban habían sabido encajar para formar la imagen que anhelara su desmedida codicia, un torrente de preguntas me asaltó pero se plegó a si mismo gracias a la acción de los alucinógenos en una sola. ¿Hasta dónde podía llegar la supremacía de ésos titanes? Mi acompañante no cesó de dar explicaciones con una dinástica muestra de orgullo.

—A ése de ahí se le ocurrió limitar las capacidades de todo el buen cristiano para almacenar, prestar y distribuir dinero con jugosos intereses.

¡Era un cabrón visionario! El maestro del dominó, tiró una pieza Dios sabe cuándo y siglos después su laberíntica obra sigue moviéndose con ávida inercia. Súmale al de por sí odio religioso una diversidad de creencias, un valor monetario internacional y un poco de discriminación racial y lograrás maldad, dinero y poder at secula seculorum. Tenemos como humanos, como parte del cosmos, la tendencia al caos. Y aquí le damos forma.

—¿Por qué los retratos no tienen fecha?

—Muy sencillo, amigo mío. Ningún Mr.D muere, sus acciones tienen auténtico eco en la historia. ¿Ve a ése de ahí? Pálido, sanguinario... Decidió que deberíamos tener una sede acorde con nuestra sociedad y la encajó como un guante en éste castillo para luego inventar un alter ego ¡El Conde Drácula! ¿Sabe la de vampiros, brujas y herejes que eso permitió quemar? ¡Ni se lo imagina!

Abrumado por el cúmulo de información surrealista y por las sensaciones del estupefaciente que relampagueaban extendiendo una tormenta eléctrica por los vasos sanguíneos de mi inexistente cuerpo alcancé el estado de deidad. Era superior a todos los seres y no podía ni siquiera sentirme altivo, tan sólo los abrazaba a todos en una inconmensurable comprensión, sentía su rabia, su impotencia, su dolor. Sentía las esperanzas desvaneciéndose como todas las vidas evaporándose ante el humo y el tiempo.

—¿Y cómo pueden vivir así? Sabiendo que sus acciones sólo extienden el sufrimiento.

Mr. D atajó con un enérgico golpe en la mesa que sonó como el estallido de un trueno, sus ojos fulguraron aún más y me miró con una soberbia inalcanzable para cualquier persona corriente.

—¿Qué acciones? Ni yo, ni mis antecesores en el cargo hemos encendido ninguna hoguera. Ninguno ha orquestado la caída de la unión soviética manipulando la llegada a la luna y el reactor 4 de la central Lenin. Nosotros no ejecutamos, susurramos al oído de las personas y ellos lo aceptan porque nuestras palabras son lo que siempre han querido escuchar. Y unos mandan, y otros obedecen. Los mayores criminales son los que obedecen, señor Settem, ellos son los verdaderos causantes de las atrocidades que han sacudido la cronología humana. ¿Acaso cree que Hitler podría haber impulsado la Alemania nazi el solo? Y antes de que me pregunte, nosotros sólo nos encargamos de su fracaso como artista, todo lo siguiente fue una patética y malograda muestra de la tendencia autodestructiva de nuestros coetáneos.

Entonces la verdad surgió ante mi como un brillante sol tras una jornada nublada que había durado casi toda una vida. ¡Estaba entre Dioses! En el monte Olimpo, en el Valhalla... Todas las deidades se reunían en ése celestial comité y forjaban los cimientos de todo aquello conocido, con amor, sabiduría y guerra. ¡Estábamos por encima del bien y del mal!

Exclamé para mí y todos los retratos me dieron su aprobación para luego quedar suspendidos en un hechizo inmortal y estático, perenne como sus legendarias hazañas. Me vi sentado al lado del Mr.D de carne y hueso volviendo a ser soberano de mi organismo renacido de las cenizas de la ignorancia.

—Somos los mayores anarquistas que ha conocido la historia — Decreté

Mi futuro jefe me observó calibrando si había hecho una chanza o hablaba en serio, debió decretar que se trataba de lo primero porque empezó a reír.

—¡Ni me mencione a esos cabrones! No sabe lo que le costó a mi antecesor perpetuar tramas para derrocarlos en la revolución que vio nacer España en el siglo XX. Eran la peor calaña y pretendían demostrarle al pueblo que no se requería nada más que libertad, fraternidad y autogestión. ¡Puagh! ¿Sabe lo que hubiésemos perdido de no haber detenido ése cáncer a tiempo? Necesitamos a la autoridad, al orden. Estamos sobre los hombros de cualquier figura de poder existente, meamos y salpicamos los tupés y las calvorotas de generales, presidentes y dictadores... Pero sin ellos, somos mancos. Por suerte no tiene por qué preocuparse, yo acabé de rematar a ésa bestia herida con altas dosis de ilusión de alternativa, consumismo y democracia moderna. Pero dejémonos de prolegómenos por el momento, he leído su trabajo de punta a punta, ahora quiero oírle defenderlo.